

# Capítulo 1- Pintan bastos.

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

# Capítulo 1

## CAPÍTULO DE LA OBRA HOCES Y TRILLOS

Tras la tormenta

(Al subir el original a la plataforma se producen algunos errores de configuración. Gracias por su comprensión):

### Índice

1. Pintan bastos.
2. Tierra agradecida.
3. El hogar soñado.
4. El amor de Rosalía.
5. El Bañezo.
6. Quién manda aquí.
7. Angelito de Lianina.
8. Salvar el pellejo.
9. Sobresaltos en la noche.
10. El guarda jurado.
11. La Peña. El Toro de la Vega.
12. La Academia.
13. Dulce Navidad.
14. Génesis de una vocación.

1. Pintan bastos.

Era ya la sexta casa de labranza que visitaban con intención de compra. Las otras cinco, o resultaban pequeñas para una familia tan numerosa, o necesitaban ser restauradas antes de habitarlas. A ésta no le faltaba nada, ¿o le sobraba algo?

—¿Qué diablos pinta esto aquí? —chilló Camilo, plantando ante las narices del propietario aquel objeto con el que acababa de tropezar.

—Ah, eso, sí: es un peine de balas de cuando la guerra; quedan algunos enterrados todavía—respondió don Indalecio con naturalidad.

—¿Y cómo es que ha llegado hasta aquí una cosa así? —exageró su indignación.

—Verá, esta bodega fue refugio de guerra, por ser grande y segura. Algunos soldados debieron descuidarlas entre la tierra.

—Ya veo; pero son balas auténticas, sin disparar.

—Algunas sí, otras no; pero no son peligrosas, porque...  
—¡Es espantoso! —cortó la señora Marta, aterrorizada—  
Tenemos niños pequeños... Vámonos de aquí.  
—No, señora, de verdad que no son peligrosas... —trató de tranquilizarla  
el vendedor—: Las balas sólo se  
disparan dentro de su arma. Si no, son inofensivas.  
—¿Y quién nos asegura que no hay también alguna bomba o granada  
entre estos escombros? —siguió Camilo, apoyando a su mujer.  
—Porque la Guardia Civil ya lo ha comprobado. Vinieron al irse los  
soldados y...  
—¿Por qué no ha limpiado todo esto antes de intentar vendernos su casa?  
—Porque no es urgente, a no ser que necesiten la bodega.  
—Hombre, si alguien compra una casa con bodega será para usarla, ¿no le  
parece? ¿Y por qué echaron estos escombros encima de los peldaños?  
—Necesitaron una rampa para manejar las armas más pesadas desde esa  
ventana a ras de calle. Pero si compran la casa, la Guardia Civil se hará  
cargo de las balas; pregúnteles.  
—Desde luego, porque el diablo es muy diablo.  
—Claro, claro. Yo también lo haría —concedió el vendedor.  
—De todos modos, si la compráramos, la limpieza de esta escalera iría a  
su cargo, o nos lo descontará del precio —sentenció Camilo.  
—Si se deciden, ya hablaremos...

La casa que buscaban era precisamente ésa, pese a las balas. Tenía todo  
lo que hubieran podido soñar: en mitad del pueblo, a un paso de las  
escuelas, las tiendas y lo que pudieran necesitar. Tenía ocho habitaciones:  
tres en la primera planta y cinco más en el primer piso. Contaba con  
corral, pozo, dos amplias cuadras, pajares, graneros, lagar, la bodega  
aquella... Y lo mejor, estaba habitada y limpia. Don Indalecio la tenía  
alquilada a una familia, cuyos hijos vivían ahora lejos, con lo que sólo  
estaba ocupada por el matrimonio con su criada: una casa enorme para  
tres personas. «Se mudarán gustosos a otra  
casa más proporcionada», daban por supuesto.

Marta y Camilo habían llegado a Tordesillas cinco meses atrás, con cinco  
de sus seis hijos. Vinieron de Genestacio de la Vega, una pequeña aldea  
de la comarca de La Bañeza, en la provincia de León. Eran, como tantos  
otros, emigrantes de la posguerra, que estaba resultando casi tan dura  
como la guerra misma.

Tras vender lo de allá, habían comprado una finca excelente en la vega  
del Duero, lindante con la de unos parientes, Felipe y Rufina, que habían  
llegado un año antes. Fueron ellos quienes les animaron a tomar aquella  
decisión. Así que, en otoño de 1945, se  
trasladaron a vivir a la casa que tenía la misma finca. Aquella casa estaba  
diseñada para el cuidado del ganado y de la finca, con una zona de  
vivienda para los caseros. Constaba de una gran cocina y dos habitaciones  
en el piso de arriba: resultaba confortable para una familia de no más de  
cuatro personas; pero, durante aquel primer invierno, los siete miembros  
de la familia recién llegada tuvieron que

apretujarse en aquel espacio, insuficiente a todas luces.

Así que era urgente comprar una casa en el pueblo, donde vivir sin apreturas y que los niños pudieran ir a la escuela con facilidad. La decisión se había tomado durante aquellos meses en que les tocó vivir allí, aislados y a unos tres kilómetros del pueblo.

—En cuanto encontremos un buen casero, tendremos que ampliar la casa para los veranos y poder vivir todos aquí sin estas apreturas —habían convenido—; pero los niños no pueden seguir así, yendo y viniendo cada día para ir a la escuela.

Para la cosecha del verano, todos los brazos serían pocos, y tendrían que convivir amos y caseros para organizar y llevar a cabo cada una de las numerosas tareas necesarias. Eran tantas cosas las que había que afrontar para poder conseguir una cierta holgura... Pero ahora, con los campos roturados y hecha la siembra de invierno, disponían de unos pocos días para dedicar a comprar una buena casa en el pueblo.

—Ésta es la casa que nos conviene —trató de razonar con su mujer, una vez solos.

—A mí también me lo parece, si no fuera por el peligro ése —coincidió Marta.

—Eso se puede arreglar. Ya oíste a don Indalecio, que las balas no son peligrosas.

—Claro, ¿qué otra cosa iba a decir? Él quiere vender, pero las balas son para matar; no soportaría sobre mi conciencia que le ocurriera algo a alguno de mis hijos.

—Tienes razón. Voy ahora mismo al cuartel para solucionarlo

—decidió, y se fue para allá.

El sargento que le atendió estaba al corriente de aquella escalera, y le confirmó lo que ya sabía:

—Son balas sucias. No sirven, porque se encasquillarían dentro del arma.

—Sí, comprendo; pero mi mujer está espantada de pensar en ellas.

—Dígale de mi parte que pueden comprar la casa con toda tranquilidad.

Cuando quieran limpiar esa escalera, nos haremos cargo de las balas; pero el trabajo de desescombro correrá a cargo del propietario.

Camilo ya sabía que las balas no eran peligrosas en sí; pero necesitaba del respaldo de la autoridad porque, por más explicaciones que pudiera darle a su mujer, sólo la asustaría todavía más; o, peor aún, se enzarzarían en una agria discusión en el peor momento.

—A mí me da mucho, mucho miedo, digan lo que digan.

—Te entiendo, Marta. Pero yo sé que tienen razón; es como cuando vamos a cazar: llevamos los cartuchos en los bolsillos y nunca pasa nada, porque sólo pueden dispararse cuando se meten en la recámara de la escopeta y se aprieta el gatillo. Si no, no pueden dispararse —; para su sorpresa, esa explicación tan habitual pareció tranquilizarla.

—Ya; pero aun así, si algún niño juega con ellas y...

—Eso no va a pasar: sellaremos esa puerta hasta que necesitemos la bodega. Pero tenemos que decidirnos a

comprar esa casa de una vez.

—A saber si podremos pagarla—buscaba ahora garantías económicas.

—Pues yo sí que lo sé: lo tengo todo bien calculado.

—¿Pero cuánto cuesta? Nunca me lo dices claro.

—Pues mira, vale 75.000 pesetas, menos lo que consigamos descontar por el desescombro y puede que algo más—le dio el precio en pesetas, porque ella seguía pensando en reales, y creyó que una cifra más baja le parecería menos dinero.

—Eso es una barbaridad—contestó ella, aun sin saber la equivalencia.

—Es dinero, sí. Pero queremos una casa definitiva, y habitarla cuanto antes. Las otras son mucho peores, y necesitan muchos arreglos para entrar a vivir; y no hay tiempo que perder, con todo el trabajo que se nos viene encima. No podemos seguir sin casa, bien lo sabes; en ésta podríamos entrar a vivir enseguida.

—Pero tendremos que volver a endeudarnos...

—Eso también pasaría con las otras. Cierto que necesitaremos un préstamo; pero menos de lo que te imaginas, porque todavía nos queda dinero en la Caja Rural de lo que vendimos en Genestacio. Además, este año seguimos teniendo la finca de balde, y con un pozo que nos asegura buenas cosechas.

—Pero, ¿cuánto tendremos que pedir prestado?—temía ella.

—No lo sé con exactitud: todavía tengo que negociar con don Indalecio, averiguar lo de la noria, la simiente de lo que queramos sembrar en primavera...Pero tú no te preocupes, que ya te digo que sí, que podemos comprarla.

—Yo creo que tendríamos que volver a ver las otras casas antes de decidirnos.

—Rediezzz, mujerrr...Están ya más que vistas; y ninguna se puede comparar con ésta. Así los niños podrán ir al colegio, y los mayores a las clases particulares que ya tengo apalabradas por lo que faltaron en Genestacio. Tú estabas de acuerdo con todo eso, ¿no?

—Sí, con eso de la escuela seguro que sí.

—Pues ha tocado el momento de hacerlo. Así, Pedrín no perderá ni un solo día de escuela desde el primer día.

—Tendríamos que reorganizarlo todo de nuevo—dijo como pensando para sí misma.

—Claro, claro: tú te quedarías aquí con los pequeños, ¿o es que ya no te acuerdas de cómo te quejabas el invierno pasado, con todos allí dentro como sardinas en lata?

—Yo no me quejaba por mí. Era por los niños, y el dichoso burro, que les tiraba al suelo casi cada día en sus idas y venidas a la escuela.

—Pues eso mismo: tenemos que decidirnos ya. Yo ya lo tengo bien claro.

—¿Entonces de qué sirve lo que yo diga?—contestó enfurruñada y levantando el tono de voz—. Harás lo que te dé la gana, como cuando compraste la finca.

—¡Y vuelta la burra al trigo...!—subió él igualmente el tono- ¿No te das cuenta de que por mí ya estaría hecho? Pero quisiera ponernos de acuerdo

por una vez. Al fin y al cabo, eres tú la que vas a vivir aquí con los niños. Yo tendré que seguir en la finca, hasta que encontremos unos buenos caseros.

—Esa es otra: los caseros. Tendremos que pagarles... ¿Y con qué dinero, si lo gastamos todo para la casa?

—El jornal de los caseros ya tengo calculado de dónde sacarlo.

—¿Cómo?, dime tú de dónde.

—Compraremos vacas, y venderemos la leche aquí, en el portal de la casa. También venderemos los chotos que nos traigan, más huevos, conejos... Con eso tendremos suficiente, estoy seguro.

—Tú y tus ideas... —protestó ella burlona—. Las vacas no las regalan, que yo sepa...

- ¡Uyyy...! —volvía a impacientarse—. Si pudieras confiar un poco en mí... Las vacas se compran y se venden por el mismo precio, si el negocio no fuera bien. Pero sé que irá bien, porque lo he averiguado de otros labradores que las tienen. ¿Sabes?—y trató de calmarse, y dulcificar el tono de la conversación—, tenemos sitio de sobra en las cuadras para las vacas; así los caseros tendrán también trabajo en invierno para ganarse su sueldo.

—Sólo sé que, con tus cálculos, siempre hemos tenido que vivir empeñados.

—Pero estaremos mucho mejor que en Genestacio. Tendremos que trabajar mucho, como allí; sólo que ahora tenemos un patrimonio mucho mayor para nuestros hijos... Pero tenemos que decidirnos de una vez: compraremos la casa, ¿verdad?—intentó dulcificar aún más su tono de voz.

—¿No podemos esperar un poco más? —lo dijo ya sólo por decir y aplazar la decisión.

—Claro que podemos; y también dejar que alguien se nos adelante y perder esta oportunidad. Ya sabes que hay muchos que vienen a Tordesillas para comprar casas y fincas.

—Pues haz lo que te dé la gana. Lo que yo diga pesa bien poco.

—¡Eso es men-ti-ra!—le gritó—. Si no, ya lo habría hecho —y, volviendo a intentar dulcificar su tono, añadió—  
Dime al menos si la casa te gusta.

—Gustarme, sí que me gusta. Sólo me asusta lo de las balas y lo de volver a vivir empeñados. Pero bueno, quizás por los niños...

—Pues hecho, que la oportunidad la pintan calva y no se puede dejar escapar.

Era el mayor consenso al que podía aspirar. En realidad, a la señora Marta le encantaba aquella casa; se moría por cambiarse a vivir allí con sus hijos. Pero le mareaban las decisiones importantes, sobre todo si implicaban endeudarse; prefería que fuera él quien asumiera la responsabilidad. No quería sentirse culpable si algo saliera mal... ¿O era que intuía algún problema oculto? Porque sí que lo hubo, y no pequeño; aunque ella no llegara casi ni a enterarse.

Sabía que las otras casas se les podían quedar pequeñas, sobre todo cuando trajeran a su madre, o si volvía Sor Consuelo del convento. Sí,

pensaba ahora en Camila, su hija mayor, que ingresó de hermana lega en el convento cisterciense de Carrizo de la Ribera, con solo catorce años de edad. Allí, al tomar el hábito, le cambiaron su nombre por el de SorMaría de la Consolación, o Consuelín para la familia. Allí seguía, convencida de su vocación divina. Sin embargo, podían devolverla a casa en cualquier momento para reponerse de su frágil salud. «Se pone enferma en aquel convento, que con nosotros siempre ha estado bien sana», se oía rezongar alguna

vez a su padre. Lo de su madre era una promesa que le hicieron al dejar su tierra. Lo sabía de sobra: les urgía comprar aquella casa.

Los otros cinco hijos eran Rosalía, o Lía, que ya había cumplido sus quince años; la seguía Victoria, o Tori, con doce y medio; Samuel, o Samu, que acababa de cumplir los nueve; Verónica, o Vero, que cumpliría los ocho en tres meses; y, finalmente, Pedro o Pedrín, que tenía dos y medio.

El invierno pasado había resultado especialmente riguroso en la finca, con mucha nieve, heladas y vientos huracanados.

No resultó fácil apañarse allí, aislados en mitad de la vega y apretujados, muchos días sin poder ni salir por el mal tiempo. Pero lo peor era que Victoria, Samuel y Verónica tenían que ir y volver a la escuela cada día. Lo hacían a lomos de un burro terco, empeñado en hacer honor a la mala fama de su especie, sin dejarse dominar por unos niños. Sus padres vivían angustiados cuando se retrasaban; otros días de mal tiempo, ni se atrevían a dejarles ir solos. Sí, necesitaban aquella casa, y urgentemente.

Había otra razón poderosa, aunque le costara admitirlo: durante el invierno pasado, con tanto frío, había desarrollado un reuma que la había llevado casi al límite de la incapacidad. ¡Cuántas lágrimas de impotencia le tocó derramar!

—Es que tengo las manos de queso —sollozaba— Todo se me cae; ni tan sólo una aguja puedo sostener entre los dedos... ¿Qué voy a hacer ahora?

Los dos médicos que la examinaron coincidieron en prohibirle volver a lavar en el agua helada del arroyo, y en que siguiera un tratamiento en los baños de Ledesma, muy eficaces contra esa enfermedad. ¿Cómo no iba a querer evitar volver a pasar otro invierno allí, en la casa de la finca? —¿Pero con qué dinero vamos a pagar lo de los baños esos? Eso es para gente rica —se lamentaba—. Porque dicen que tendré que ir allí varios años.

—No te preocupes por eso, Marta. Al menos ahora sabemos el mal y el remedio. Escribiré al balneario ése. Allí te curarás, que todos te necesitamos sana.

—Nos va a costar una fortuna.

—Ya sabes que tenemos crédito.

—Pero, ¿cuánto crees que nos va a costar?

—Lo que sea. Tú vales mucho más.

Y nunca quiso decírselo, temeroso de que se negara a volver al año siguiente.

Un par de semanas después de enviar al balneario la nota de los médicos,

les llegó la reserva para primeros de julio. Su marido lo dio por decidido, aunque prefirió no hablar del tema hasta que se acercara la fecha del viaje.

Respecto a la casa, el señor Camilo pensaba que don Indalecio les estaba ofreciendo un precio muy razonable. Nunca imaginó problema alguno con sus inquilinos: «Ya nos pondremos de acuerdo amigablemente cuando les expliquemos que la necesitamos enseguida para vivir en ella», pensaba. La transacción resultó fácil y favorable. Don Indalecio le hizo un descuento de mil pesetas por lo de la bodega; y, en menos de una hora, se cerró el trato con un apretón de manos. Dos días después, firmaron la escritura ante el notario de Tordesillas. Y comenzaron los problemas, tales que superaban cualquier imaginación.

El señor Camilo se presentó educadamente ante su inquilino, como nuevo propietario de la casa, y le explicó su voluntad de trasladarse allí con su familia lo antes posible. Así que se quedó de piedra ante la tajante respuesta que oyó:

—Yo no me voy de aquí —la frase quedó flotando en el aire unos segundos mientras Camilo, incapaz de asimilarla, se iba encendiendo hasta mascullar airado:

—¡Có-mo que nooo? Yo he comprado esta casa: es míía, y la quiero para vivir en ella con mi familia—le gritó.

—Ya le he oído, que no soy sordo —le contestó el hombre sin alterarse; y siguió en tono tranquilo—: Pero yo tengo un contrato de alquiler y, según ese documento, ésta es mi vivienda. Yo pagaré puntualmente el alquiler al nuevo propietario, o sea a usted; pero tengo derecho a seguir aquí.

—Eso habrá que verlo— farfulló Camilo, rojo de ira, intentando atravesarle con sumirada. Y se levantó para irse.

—Yo ya lo tengo bien visto—contestó el otro, manteniendo su mirada, sin levantarse para despedirle, añadiendo con tranquilidad y tono envenenado—: Ah, la próxima vez que quiera visitarme, llame al portal para que mi criada me anuncie su visita.

Un rayo del cielo que cayera ante sus pies no le hubiera causado mayor estupor. Don Indalecio ya le había hablado de su inquilino, aunque sin presentárselo; «debió pedirle que saliera para enseñarnos bien toda la casa», pensó.

Ahora se encontraba ante un problema desconcertante, y sin idea de cómo resolverlo. Furioso y aturdido, salió maldiciendo, amenazando con recurrir a un abogado, ante la sonrisa burlona de don Torcuato, que así se llamaba su inquilino.

Era media mañana del sábado; pero consiguió fácilmente que le recibiera un abogado de la Plaza Mayor. Confiaba salir de allí con alguna solución rápida y favorable.

—Desde luego, don Camilo, usted tiene razón, y más pronto o más tarde tendrá que marcharse; depende del tipo de contrato que tenga. El problema es que don Torcuato tiene mucho poder. No resultará fácil ni

barato a través de los tribunales.

—¿Mucho poder? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque es subteniente del Ejército de Tierra, y mutilado de guerra. Para las autoridades del Movimiento es como un héroe, lleno de condecoraciones.

—Yo he comprado esa casa para vivir en ella con mi familia numerosa. Sólo quiero mi propia casa...¿Qué haría usted en mi lugar?

—Hombre, ya que me lo pide se lo diré: me olvidaría de la vía judicial...Trataría de negociar a base de paciencia y astucia, el tiempo que haga falta. Quizá le ofrecería otras alternativas o le propondría una indemnización por dejar la casa.

—¿Una indemnización...? ¡Eso es inaudito! Acabamos de llegar de La Bañeza para trabajar aquí honradamente como labradores, y nos encontramos con un abuso tan infame...¿Cómo se lo explico yo ahora a mi familia?

—Yo volvería a parlamentar con él. Por lo que yo sé, el Régimen ensalza mucho a sus héroes; pero sólo puede pagarles una pensión modesta. Apuesto a que aceptaría gustoso una cantidad que mejore su economía. Sólo recurriría a la Justicia como último recurso.

—Seguiré su consejo—contestó tras reflexionar un rato—. Volveré a hablar con él, y ya le contaré... ¿Qué le debo?

—Por esta primera visita, cinco pesetas. Si me necesita para defender su causa, ya acordaremos mi minuta, según el tiempo que trabaje para usted y los resultados que consigamos.

Le pagó el duro, y se despidió agradeciendo su consejo.

«Desde luego, más me vale llegar a un acuerdo sin necesidad de abogados», calculó: «un duro nada menos, por tan poco tiempo... Ahora entiendo por qué la negociación con don Indalecio resultó tan fácil, sin discutir el descuento por lo de la escalera», pensaba, «seguro que él ya sabía lo incómodo que resultaba tener a ese individuo como inquilino. Pero, ¿qué más puedo yo decirle a ese héroe despiadado?»; se devanaba los sesos.

Dio varias vueltas por el pueblo, tratando de atinar con la mejor manera de presentarse de nuevo e intentar negociar. Con todos los suyos en la finca, preparándose ya para el traslado inminente, no tenía a nadie con quien desahogar su rabia ni indagar algún atisbo de argumento para librarse de él... «Bueno, tengo a la Clotilde; como son vecinos, a lo mejor me cuenta algo sobre el pájaro ése que me pueda ayudar», se le ocurrió. Clotilde y él habían coincidido varias veces y cruzado algunas frases de cortesía, y poco más: lo justo para saber que era viuda por la muerte de su marido en el frente, que vivía allí con dos hijas de la edad de Rosalía y Victoria, y que Marta y ella hacían «buenas migas», igual que las cuatro chicas. Se había ofrecido a ayudar en lo que pudiera; de hecho, era en su corral donde dejaban los niños el burro mientras estaban en la escuela. Así que se acercó y llamó a su puerta.

—Qué alegría, Camilo. Tus hijos acaban de irse, nada más salir de la escuela; pero entra hombre, entra... Así que vamos a ser vecinos, ¿eh? Me alegro mucho.

—Yo también me alegro Clotilde, por lo de ser vecinos, porque por lo demás...

—Vaya, has tropezado con algún problema, lo llevas escrito en la cara.

—Sí, iuno y de órdago...! He visitado a nuestro inquilino para acordar el día de nuestro traslado cuanto antes. Pero resulta que ese malnacido no se quiere ir.

—Bueno, hombre, es natural. Tendrás que concederle un tiempo para que se mude.

—Es mucho peor: no piensa irse de ninguna de las maneras.

—Pero la casa es tuya; tendrá que irse, lo quiera o no.

—Pues ése es el problema. Vengo de consultar con un abogado y, ¿lo puedes creer?, me ha dicho que si no quiere irse por las buenas, nos enfrentaremos a un pleito largo, difícil y caro. ¿Cómo se lo explico yo ahora a Marta y a los niños, tan contentos por olvidarse del endiablado burro?

—Pero, pero es que eso no puede ser... Tendrá que irse: es de justicia.

—Por lo visto, la justicia es diferente para unos y otros. Resulta que tengo metido en mi casa a una especie de héroe, mutilado de guerra, y con mucho poder...

—Ahí m'has matao. Yo no sabía nada de eso. Él se deja ver poco y cojea algo; pero tanto como mutilado... Suelo ver a su criada y a su mujer; ellas parecen normales, aunque un poco estirada la señora.

—Pues ya ves en qué lío me he metido en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya veo, ya. ¿Y qué piensas hacer?

—Pues hacer de tripas corazón ¡qué remedio!, y volveré a parlamentar con el héroe ése.

—Primero comes aquí con nosotras. Al salir de la entrevista, vuelve a contármelo, por favor.

—Claro. Y muchas gracias por la invitación; pero no le digas nada a nadie de este asunto, y menos a Marta, si es que viene a verte algún día. Ya lo arreglaré yo como sea.

—Descuida. No diré nada; pero tú tendrás que explicarles algo sobre el retraso, creo yo...

—Sí, les diré que estoy arreglando los papeles, que todo es muy embrollado: el registro, el empadronamiento, el catastro, ¡qué sé yo!, cualquier cosa. Pero tú no digas nada.

—Tranquilo, ni a mis hijas; aunque ellas ya saben lo de la compra y preguntarán.

—¿Dónde están ahora?

—A punto de volver para comer. Las dos trabajan en la fábrica de fideos Riera Marsá. Se pondrán muy contentas al saber que vamos a ser vecinos...

—Sí, vecinos... Pero, ¿cuándo? —murmuró Camilo en el momento de oírlas entrar hacia la cocina. Se esforzó por disimular su enojo y sonreír. Tal como había adelantado la señora Clotilde, sus hijas

casi saltaron de alegría al saber que iban a vivir al lado de sus nuevas amigas, Lía y Tori; más Samuel y Verónica, que eran muy salaos, y Pedrín, que les parecía graciosísimo. Ellas eran Rosi, de diecisiete años, y Amelia, de quince.

A sus preguntas sobre cuándo iban a venirse de la finca, contestó Camilo como pudo: «depende del papeleo, o del tiempo que necesiten los inquilinos para encontrar otra casa y mudarse», les explicó. Tampoco tuvieron tiempo para muchos detalles; porque, aunque fuera sábado, también trabajaban por la tarde. Camilo agradeció y alabó la comida de Cloti, a quien así llamaban sus allegados, y ahora también él, a petición de ella.

Una hora más tarde, cansado de dar vueltas al galimatías en el que andaba enredado, Camilo decidió volver con don Torcuato. Desanduvo los veinte metros que separaban ambas puertas y se paró ante la suya, «mi casa», se reafirmó respirando hondo. Esta vez llamó con el grueso picaporte en forma de mano, que hacía retumbar el portal al golpearlo.

—¿Qué desea el señor?—le saludó la criada que acudió a abrirle.

—Vengo a hablar con don Torcuato.

—Pase usted y siéntese aquí, por favor. ¿A quién tengo que anunciar?

—A Camilo Martínez.

—Gracias, señor, en seguida vuelvo.

El 'en seguida' se convirtió en larga espera. Reapareció al fin, y le invitó a seguirla hasta el salón. Don Torcuato parecía haberse preparado para esta segunda visita, vestido de uniforme y con todas sus condecoraciones encima. ¿Pretendía intimidarle?

—Buenas tardes, don Camilo. Me alegro de que haya vuelto usted.

—Claro; al fin y al cabo ésta es mi casa.

—Me permito sugerirle que no vaya usted por ese camino...

—¿Hay algún otro? —respondió él en tono gélido.

—¿Quizás... negociar...? —ahora había cambiado a un tono casi amistoso, pensando que su estrategia intimidatoria no funcionaría en ese caso.

—¿Negociar...? Ya me dirá usted qué hay que negociar —le contestó con acidez.

—Agrupina, traiga un par de copas de coñac —ordenó a su criada, y calló hasta que llegaron en una bandeja— ¿Sabe, don Camilo? La guerra me ha enseñado que es mejor agotar todas las posibilidades de entendimiento antes de pelearse. Por ejemplo: esta casa es enorme, quizá podríamos compartirla, viviendo ustedes arriba y nosotros aquí abajo; bastaría con que me rebajara el alquiler digamos a la mitad... También puede compensarme satisfactoriamente, y nos iríamos en unos días...

Siempre hay salidas para todo, antes de reñir.

—¿Com-pen-sar-le...? Eso sería un abuso indecente —le contestó con tono áspero.

—Tome usted su copa, hombre —le señaló la que seguía en la bandeja—. No se ponga usted así... Verá, ésta es una de las mejores casas del pueblo; aquí estamos muy a gusto, ¿por qué íbamos a irnos a otra peor si no se nos compensa de alguna manera?

—Porque esta casa tiene dueño, y la necesita para vivir con su familia, y resulta enorme para tres personas; ¿cómo hace usted para llamar a su criada cuando anda por el piso de arriba?

—En efecto, Agripina vive arriba; y su trabajo consiste en mantener toda la casa impecable, por si me visita alguno de mis superiores o compañeros. Pero mire usted esa batería de cordeles que cuelgan de esa barra en el rincón: al estirar cualquiera de esos cordeles, sonará una campanilla en algún lugar de allá arriba, donde debería estar; al oírla, me responde por el mismo sistema haciendo sonar esa otra: así sé que está de camino, y el tiempo que tardará en llegar. Créame, no será fácil encontrar una casa parecida.

Ahora Camilo sí que se sentía impresionado. Resultaba que, sin saberlo, había comprado una casa de lujo... «¿Cómo es que no vi esos cordeles ni le pregunté a don Indalecio sobre quién vive aquí dentro?», se reprochaba, temiendo cualquier otra artimaña.

—¿En qué tipo de compensación estaría usted pensando?

—musitó tras una pausa.

—Digamos de... ¿veinticinco mil pesetas?

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo puede usted intentar abusar así de una familia de honrados trabajadores? ¿Sabe la de litros de sudor que hay que derramar para conseguir ese dineral cultivando la tierra?

—Muchos. Yo también los derramé en el frente, y hasta mi propia sangre. Gracias a ello y a nuestra gloriosa victoria, ha podido usted comprar su finca y esta casa, créame.

—Le creo; pero créame usted también amí: sin nuestro trabajo día y noche cultivando la tierra, no hubiera habido comida para el ejército, ni forma de ganar la guerra ni usted todas esas medallas. Yo, en cambio, no he recibido ninguna por mis sudores.

—No querrá usted comparar una cosa con la otra...

—Yo no comparo nada con nada. Sólo sé que esta casa es mía, y que no podré atender a sus pretensiones de ninguna de las maneras.

—Podría pedir un préstamo para pagarme... O meterse en pleitos e ir gastando en abogados su patrimonio. ¿Sabe? —añadió con sonrisa malévola—, a mí el abogado

del ejército me resulta gratis. Así que la pelota está en su tejado, don Camilo.

—Si hay un Dios, le castigaré.

—Ya me castigó: todavía llevo metralla en mi cadera.

«Ojalá le vuelva a estallar y le lleve al infierno», tuvo Camilo en la punta de la lengua; pero se contuvo. Rojo de ira, sólo atinó a farfullar entre dientes:

—Y ahora quiere usted vengarse conmigo. Eso no tiene perdón de Dios.

Quiero irme—y se levantó con aire retador. Don Torcuato hizo lo propio, y accionó el cordel adecuado. La criada se presentó casi de inmediato.

—Agripina, acompañe a don Camilo a la puerta —y continuó dirigiéndose a él, como quien ofrece un buen consejo a un amigo—: Piénselo, don Camilo, piénselo.

Siguió a la criada sin contestar. Salió mucho más desconcertado y desesperado de lo que había entrado; sentía hervirle la sangre. Vagó por la calle Mayor, la plaza, el palacio... Desde aquella atalaya privilegiada se divisaba la gran vega detrás del Duero. «Paciencia y astucia, medijo el abogado», recordó mientras focalizaba a lo lejos la casa de su finca; creía oír las risas y el alboroto de su familia preparando el traslado a la nueva casa. «¿Cómo puedo volver ahora y contarles lo que nos ha pasado?», pensó. «¡Es como si tuviéramos que volver a comprar nuestra casa de nuevo! Por eso don Indalecio tenía prisa en vender... Aunque creo que la casa vale más de lo que hemos pagado... Pero, inada menos que veinticinco mil pesetas!, que sumadas a las setenta y cuatro mil que ya he pagado, harían...», tardó un par de segundos en sumar ambas magnitudes, «noventa y nuevemil pesetas...». Volvía el torbellino a su cabeza. «Quizá lo vale; pero ni yo ni Marta nos hubiéramos atrevido a gastar tanto dinero... Y necesitamos la casa con urgencia». E imaginaba el peor de los escenarios posibles: «meterme en pleitos, con todo el trabajo que nos espera en la finca... quiá, eso sí que no, porque seguiríamos sin poder vivir en nuestra casa...». Luego consideró la odiosa opción de la compensación: «Sé que tenemos crédito en la Caja... pero Marta no tiene que enterarse, que tiene que ir a los baños». Notaba que le daba vueltas la cabeza. De repente, se dio cuenta de su torpeza: «cegado por la rabia, ni le he pedido leer el contrato que tiene; así no tengo nada nuevo para contarle al abogado. He de saber algo más de ese hombre... Le pediré a Cloti que averigüe lo que pueda». Y se fue a largas zancadas hacia allá. Temía volver a la finca así, tan excitado y rabioso. Se lo notarían enseguida, y no tenía preparada ninguna explicación. Necesitaba idear una buena estrategia antes de volver a negociar con Torcuato (le quitó el 'don' como única venganza posible). «Mejor dejar pasar algún tiempo, e indagar lo que pueda. Seguro que se marchará por menos; pero estaba tan furioso que ni se me ocurrió negociar», se reprochaba mientras recordaba lo de la modesta pensión de la que había hablado el abogado. «Paciencia y astucia, me aconsejó... Velay, a lo mejor se ganó el duro con eso que dijo...». Y le contó a Clotilde su desastrosa entrevista. —Pintan bastos, Cloti, pintan bastos— empezó desolado, como si no tuviera ni una sola carta de ese palo entre sus manos—. Tengo que pensar; si tú puedes averiguar algo de ese individuo, cuéntamelo —y le explicó el consejo del abogado sobre la paciencia, la astucia y su modesta pensión. —Yo sonsacaré lo que pueda de Agripina o de la señora; al fin y al cabo, mi marido, que Dios le tenga en su gloria, es uno de los gloriosos caídos «por Dios y por España». Les preguntaré por su salud, por qué sale tan poco de casa, si conoció a mi Pepe, si les puedo ayudar en algo... cosas así.

—Gracias, Cloti. Tendré que volver a la finca y tragarme esta bomba sin que se me note... Y yo que pensaba que pudiera haber alguna entre los escombros de la escalera...

—Pues sí. La bomba la oliste, pero, ¿cómo pensar dónde estaba?  
¿Volverás a verle?

—Qué remedio...Pero dejaré pasar tiempo. Me parecióver mucha codicia en su cara... Tengo que ir a Valladolid, por si sembramos remolacha; me acercaré por la Academia Militar, a ver si oigo algo. Usaré cualquier pretexto para charlar con algún oficial, y ver si me entero de algo que me sirva. Enfadarme no vale de nada.

—Sí. Ahora estás desesperado, y él lo notará. No te conviene volver en este estado.

—Mejor aún: le dejaré que piense que tengo otras salidas, que nos interesa el alquiler que nos paga... Así, a lo mejor se le bajan esos humos y sus pretensiones. Lo malo son los niños, que tendrán que seguir yendo y viniendo a la escuela.

—Pero Camilo, eso sería lomás fácil de arreglar: que se vengán a vivir aquí a mi casa, hasta que ese hombre termine por aburrirse y marcharse.

—¿Venir a vivir aquí? ¿Contigo y tus hijas...?

—Sí. Esta casa no es tan grande como la tuya; pero nos sobra para las tres. También sería agradable la compañía de Marta; y tus hijas y las mías son muy amigas.

—Caramba, Cloti... no sería mala idea —calculaba—. ¿Cuántas habitaciones os sobran?

—Tres, y dos ya están vestidas. Podrían ocuparlas mañana mismo.

—Vaya, a lo mejor... Al menos, es la única buena idea con que he topado en todo el día. Lo hablaré con Marta. Te pagaríamos un alquiler.

—Eso no hace ninguna falta.

—Lo sé, Cloti, y te lo agradezco; pero insisto. Si no, me sentiría un gorrón cualquiera, y Marta tampoco vendría como por caridad.

—Nunca lo será con una buena amiga; pero bueno, si no hay más remedio... Y que conste que no lo hago por el dinero, ¿eh?

—Ya lo sé; pero será mejor así. Jobar, a Torcuato no le gustará saber lo rápidamente que hemos encontrado alojamiento, iy al lado mismo!

Y se fue para la finca mucho más tranquilo, tratando de organizar sus ideas y poder presentar un plan ventajoso ante el inevitable retraso. Una vez allí, se dedicó a planificar las tareas más urgentes con su mujer. El cereal de invierno crecía saludable, pero había que decidir qué iban a sembrar en la zona que habían reservado para regadío, la más próxima del pozo. Y comprar ya una buena noria e instalarla, ¿o no?

—Hola Felipe. Ya veo que lo de la motobomba va en serio...—

lo habían comentado una semana antes, cuando se acercó curioso al verles cavar junto al pozo.

—Ya ves. En cuanto terminemos la caseta ahí abajo, vendrá el electricista para instalarla y probarla. No hayninguna noria capaz de sacar toda el agua que necesito.

—¿Tú crees que la motobomba sacará mucho más?

—El doble por lo menos, según la potencia que tenga. Lo sé, porque las he visto funcionar junto al río: son una maravilla... Es el progreso, Camilo; y tú deberías olvidarte de la noria y poner una también. Lo más costoso y difícil era traer la electricidad hasta aquí, pero tú ya la tienes bien cerca; y para llevarla a tu pozo te bastarán cuatro o cinco postes, y pedir al electricista que haga el empalme.

—¿El del Corro Bazán?

—El mismo. Se llama Anacleto. No gastes tu dinero en una noria para tener que cambiarla uno o dos años más tarde. Lo de la noria ya está anticuado.

—Sí, sólo que las motobombas son más caras...

—Lo parece, sólo lo parece; si tienes en cuenta que te ahorras una caballería para mover la noria y alguien que la arree para que no pare... viene a costar lo mismo, o menos.

—¿Las vende el mismo Anacleto?

—Sí; aunque podrías comprarla en Valladolid. Pero él te aconsejará la potencia que te conviene, porque cuanto más potentes más caras; y tu finca es más pequeña que la mía.

—Pues iré a verle en cuanto pueda. ¿Por qué la caseta bajo tierra?

—Por lo visto, las motobombas funcionan mejor empujando el agua para arriba que aspirándola. Anacleto te lo explicará mejor.

—Hombre, me gustaría esperar a ver cómo funciona la tuya.

—Claro. Pero vete a verlas. Y que te haga un presupuesto; con verlas no te comprometes a nada, y él te puede enseñar las que ya tiene funcionando. Además, tendrás que poner los postes y construir la caseta; así que espabila, no vaya a venir una sequía y te pille sin noria ni motobomba.

—Cierto, gracias por tu consejo; iré a verle enseguida.

«Felipe tiene razón», pensaba al despedirse, «sólo que él no tiene la pesadilla de Torcuato para quitarle el sueño... Mejor no hablar nada de la motobomba a Marta de momento: será más fácil hacérselo entender cuando vea funcionar la de Felipe».

Habló, pues, con ella sobre lo que más les convendría plantar o sembrar porque, con el agua del pozo, podrían cultivar cualquier cosa: maíz, remolacha, patatas, alubias, garbanzos, alfalfa, el huerto, el melonar... Todo eso convenía hacerlo pasadas las heladas de primavera; pero había que decidirlo ya, y comprar las semillas.

—Quiero probar con la remolacha. Hay una azucarera en Valladolid, y dan facilidades para ese cultivo. Dicen que es más productivo y la compra está garantizada. Tiene el precio regulado como el trigo, pero parece que se saca más.

—¿Y las patatas? —preguntó Marta, porque era lo que más le urgía, tanto para el autoconsumo como para venderlas en el portal de la casa del pueblo; porque ahora ella misma calculaba que la venta allí podría ser una buena fuente de ingresos.

—Sí, ya es tiempo para las tempranas. Podemos esperar a que termine yo con el papeleo de la casa y lo de la remolacha. Pero también pueden empezar Lía y los dos criados, bajo tu control; porque

aquí volveremos a estar muy atareados hasta después del verano.

—Será mejor que empecemos; pero, ¿cuánto vas a tardar tú con el papeleo ése?

—Cosa de un par de semanas, creo. Lo que llevará más tiempo es que don Torcuato encuentre otra casa paramudarse: me ha pedido dos meses de margen.

—¿Y se los has dado?

—Sí. Por lo visto, tienen derecho a ello. No les podemos echar a la calle así sin más; hay que darles tiempo para encontrar otra casa —y ocultó la razón real.

—Entonces... —rezongó—, a ese paso no nos vamos a mudar hasta después del verano, porque para la cosecha tendremos que estar todos aquí. Y, mientras tanto, ilos pequeños a seguir con ese dichoso burro para ir a la escuela...!

—Quizá eso lo podamos arreglar. No sé, ando dando vueltas a una posibilidad—dijo pensativo, como si laidea fuera suya—. Tú te llevas bien con Clotilde, la vecina, ¿verdad?

—Muy bien. Ella siempre se ha ofrecido para ayudarnos; ya sabes que es en su corral donde los niños dejan el burro mientras están en la escuela. Y casi siempre les da algo de comer, además de lo que se llevan de aquí.

—Sí, eso ya lo sé. Y digo yo, si a ella le sobraran habitaciones y le pagáramos un alquiler conveniente, ¿te irías con los niños a su casa hasta que te vayas a Ledesma?

—Hombre... yo creo que sí; pero me parece muy chusco eso de ir a vivir de alquiler, teniendo nuestra propia casa allí al lado.

—Lo del pago no es problema, porque nosotros seguiremos cobrando de don Torcuato cuarenta y cinco pesetas al mes. Con la mitad, ella estaría más que contenta.

—Pero no estaríamos en nuestra casa; y eso no es lo mismo.

—Claro; pero sería provisional, hasta que él encuentre otra casa y se mude.

—Yo sí que lo haría, por los niños; si a ella le conviene, claro.

—Entonces se lo propondré mañana. Tengo que ir temprano a Valladolid por lo de la remolacha. También sé de un pinar en venta, y un majuelo.

—Por Dios, Camilo, no gastes mucho: ya sabes cómo me espanta vivir empeñados.

—Tampoco me gusta a mí, pero son cosas necesarias, sobre todo el pinar. Sólo compraré si son auténticas gangas. En verano estaremos demasiado atareados paranegociar; y si vamos a comprar el pinar de cara al invierno, cuando más se necesita la leña, podrían pedir más por los mismos pinares.

—Sí. Lo de la leña nos hará mucha falta; ya casi no queda nada de los almendros.

En Valladolid, Camilo se interesó por lo de la remolacha, desde luego; pero en cuanto le entregaron un impreso detallado y la dirección de su sucursal en Tordesillas, donde encontraría todo lo necesario, se fue derecho a la Academia Militar. Deambuló por los alrededores hasta

identificar un bar frecuentado por jóvenes oficiales. Pidió un chato en la barra, y lo fue tomado con parsimonia, aguzando el oído y madurando el guion que traía

bien preparado. Vio cómo cuatro oficiales, de cuyo rango dudaba, se sentaban a una mesa, y se decidió.

—Buenos días; perdonen ustedes. Necesito una información y no sé a quién preguntar.

—Buenos días, ¿de qué se trata? —preguntó el que parecía llevar la voz cantante.

—Verá, un cuñado mío, mutilado de guerra, trabaja en León para el ejército. Le gustaría venir a servir por aquí, y me pidió que preguntara por si fuera posible.

—León pertenece a otra región... ¿qué hace él allí?

—Trabaja en el aeródromo.

—Entonces, dependerá del Ejército del Aire. Debería ver al alférez Castro, Antonio Castro. Aunque creo que aquí tenemos más mutilados que puestos disponibles.

—Sí, eso ya me lo imaginaba, porque conozco al subcomandante don Torcuato; pero él no tiene ninguna ocupación que yo sepa.

—Ah, ¿sí? O sea, que usted vive en Tordesillas.

—Sí, puerta con puerta de la suya.

—¡Qué casualidad! Pues, si tiene confianza con él, dígame que sería mucho más útil aquí, enseñando a los nuevos soldados y oficiales; nadie entiende por qué se ha encerrado allí, esperando que seamos nosotros los que vayamos a visitarle a él.

—¡Quiá!, tanta confianza no le tengo, y sería como meterme en camisa de once varas; pero bueno, si se tercia se lo dejaré caer discretamente.

—Le haría un favor; porque aparte, aquí cobraría algo más.

—Tampoco creo yo que necesite dinero, con criada y todo como tiene...

—Sí, ya sabemos que le va la buena vida; pero las pensiones del Movimiento no suelen permitir demasiados lujos. Así que no le vendría mal dejarse caer por aquí de vez en cuando y conseguir alguna paga extra.

—No, yo no me atrevería ameterme ahí...Oiga, lo del alférez Castro, ¿cómo le podría ver? —quiso evitar que preguntaran detalles del vecino, del que sabía tan poco.

—Hoy será difícil. Viene sólo por las mañanas, y ya es casi hora de comer.

—¿Me permiten que les pague una ronda?

—Por supuesto, muchas gracias. Siéntese aquí con nosotros.

Lo hizo con la intención de averiguar alguna cosamás del tal Torcuato; pero le salió mal, porque fueron ellos los que empezaron preguntando sobre su vecino.

Así que procuró derivar la conversación hacia cómo se libró él de ir al frente, y de la «otra guerra»: la de los labradores en la retaguardia, trabajando sin cesar por sobrevivir a las requisas del Servicio de Abastos, necesarias para alimentar al ejército y las poblaciones conquistadas. Curiosamente, eso les interesó mucho, porque lo ignoraban

por completo.

Cuando comprendió que ya no sacaría nada más de utilidad, tiró de la cadena de su reloj y fingió nerviosismo porque se le hacía tarde.

—Ya volveré otro día para ver al alférez —les dijo.

Pagó la ronda y se despidió.

«Ahora entiendo la avaricia que noté en los ojos de Torcuato», pensaba, mientras trotaba a lomos de Niño, camino de Tordesillas. «Terminaré mordiéndome las uñas cuando se dé cuenta de que ya no seguiré detrás de él. El abogado tenía razón: “paciencia y astucia...”. Dejaré correr tiempo para que se le bajen esos humos; ojalá sea él quien me busque a mí para negociar...». Lo deseaba por el dinero; pero, sobre todo, porque necesitaba desquitarse del ridículo de sus dos visitas anteriores. Claro que no sabía que tendría que habérselas con un profesional de la astucia y la estrategia. Pero el tiempo jugaba ahora a su favor.

Comió con Cloti y sus hijas, dándoles detalles del nuevo cultivo de la remolacha y contestando a las chicas, ansiosas de saber cuándo vendrían Marta y los pequeños a vivir con ellas. Cuando ellas volvieron al trabajo, explicó a Clotilde lo que había averiguado, y la nueva táctica que había venido rumiando.

—Gracias a tu ayuda; ya no tenemos prisa. Ojalá se ponga él nervioso al ver que no vuelvo a negociar... En realidad, en verano nos toca vivir a todos en la finca; al final de la cosecha, puede que esté él en ascuas, pensando que no tenemos prisa.

—Ojalá tengas razón. ¿Cuándo vendrán Marta y los niños?

—En dos o tres días; pero ojo, ni palabra de nuestro acuerdo. Yo se lo presenté como idea mía, y hay que mantenerlo así; no me vayas a dejar con el culo al aire.

—No, hombre, no te preocupes. ¿Qué te respondió ella sobre venirse?

—Que sí, porque te aprecia y por evitar a los niños sus idas y venidas.

—Pues que vengan cuanto antes. Te enseñaré las tres habitaciones, que ya están listas para vosotros.

Le gustaron mucho. Estaban en el piso de arriba; las ventanas orientadas al sur se abrían a una galería llena de macetas con geranios. Enfrente mismo se alzaba la tapia que separaba los dos corrales, el de Clotilde y el de su propia casa.

—Perfecto, me parece de primera. Te daré cuarenta y cinco pesetas al mes, que es lo que nos da a nosotros Torcuato. Pero no olvides que esta idea se me ha ocurrido a mí, y que acabamos de cerrar este acuerdo en este momento —recalcó.

—De ninguna manera, Camilo. No aceptaré que me pagues por tres habitaciones lo mismo que os paga ese hombre por toda vuestra casa.

—Insisto, Cloti. Es mejor así. Y el favor que nos haces...

—Los favores no se cobran. Yo no quiero nada; pero tampoco deseo que te sientas un gorrón, como decías. Así que aceptaré diez pesetas, ni una más.

—Pues muchas gracias por el favor. Pero te daré veinte, lo quieras o no.

—¡Uf!, hay que ver cómo sois los hombres...

Camilo respiró aliviado y agradecido: Torcuato seguiría pagando puntualmente y Clotilde recibiría lo suyo, que le vendría muy bien. De camino hacia la finca, se pasó a ver al electricista. Diríase que le esperaba.

—Tendrá que hacer una caseta bajo tierra, parecida a la de don Felipe —le dijo.

—¿Por qué no puede hacerse arriba, junto al pozo?

—Poder, podría; pero necesitaría un motor más potente.

Estas máquinas funcionan mejor empujando el agua para arriba que aspirándola. De ahí la caseta bien abajo, un poco por encima del nivel del agua. Además, estará mejor protegida; porque la lluvia puede estropear el motor.

—¿Dónde puedo comprar los postes para los cables?

—En la serrería. Pero espere; en un par de días iré a instalar la de don Felipe. Acérquese y le diré dónde y cómo fijarlos. Los cables ya los llevaré yo.

El presupuesto que le dio, con la instalación incluida, era una inversión importante, aunque menos de lo que Camilo había temido. «Realmente, será un buen negocio», pensó. Aun así, prefirió ocultárselo a Marta. Ella misma lo entendería al ver funcionar la de Felipe.

En la tarde siguiente, se mudaron a casa de Clotilde. Sólo

Camilo y Rosalía seguirían viviendo en la finca, con los dos criados que tenían contratados.

Cuando Camilo y Rosalía vieron el potente chorro de agua que salía por el grueso tubo de don Felipe, se quedaron boquiabiertos: el enorme caudal brotaba de forma constante, desbordando las regaderas que ya habían construido para regar toda su enorme finca. Tendrían que profundizarlas más para tanta agua. La chica se entusiasmó cuando su padre le explicó que ellos iban a hacer lo mismo: «Ella, mejor que yo, convencerá a su madre de sus ventajas», pensaba con razón.

—Pero no se lo digas a tu madre todavía; no quiero asustarla por los gastos que todavía tenemos que hacer. Cuando la vea funcionar, ella misma lo entenderá.

—Seguro —apostilló ella.

Rosalía subía al pueblo los domingos, para ir a misa con su madre y sus hermanos. Pocas veces podía acompañarla

Camilo, que siempre tenía cosas que hacer y atender a los animales; ya que los criados no trabajaban en domingo. Subía a menudo entre semana para hacer gestiones de todo tipo: encargos al herrero, al guarnicionero, al almacén agrícola, y cosas por el estilo. Supo por Clotilde que la señora había preguntado por él; pero ella le contestó que estaba en su casa del campo y que sólo venía al pueblo por lo imprescindible.

Era cierto, porque Camilo ya no tenía tiempo para pensar en Torcuato ni en sus medallas. Además de los trabajos de la finca, había comprado un pinar y un majuelo. Los compró casi regalados, porque estaban medio baldíos. Pero tanto podar el pinar como desbrozar el majuelo pasaron a engrosar la larga lista de labores prioritarias.

Tuvieron que contratar dos jornaleros más. Con aquel refuerzo, sembraron el cereal de primavera junto con la alfalfa, la remolacha, el huerto, el melonar...

Después, se dedicaron a podar el pinar, acarreando las ramas y amontonándolas delante de la casa de la finca, asegurando así el combustible para el invierno.

Luego araron y aricaron las líneas de cepas del majuelo, sustituyendo algunas que se habían secado por otras nuevas. Finalmente, tuvieron que escardar a mano alrededor de cada cepa. Un trabajo meticuloso y conveniente, «porque así lo recuperaremos a tiempo para nuestra primera vendimia, este otoño», calculaba Camilo. Enfrascado en cálculos, le sobresaltaron unos gritos de dolor:

—¡Ay, ay! Mecagüen... Uy, ayyy...!

Era un jornalero, que rabiaba de dolor.

—¿Qué pasó, Lupo?—corrió Camilo asustado a su lado.

—Me ha picado. ¡Ayyy!

—¿Quién?

—Un escorpión. ¡Ayyy, uf, ay...!

—Enganchad el carro, que hay que llevarle al médico enseguida —ordenó a los demás.

Mientras lo hacían, quiso hacerle un corte sobre el pinchazo con su navaja para hacer salir el veneno. «Maldita sea: hace semanas que quiero afilar esta chaira», sereprochó; y buscó un canto de arenisca para afilarla allí mismo y darle un buen tajo sobre la marca de la picadura, haciendo oídos sordos a los juramentos del hombre.

La sangre brotó de inmediato, y la dejó salir libremente.

Poco a poco, el jornalero notaba cómo iba menguando su dolor. Le acostó sobre sacos en el carro, y arreó al caballo hasta ponerle al galope. Cuando llegaron al médico, ya no chillaba ni juraba como momentos atrás.

—Bien hecho—le dijo el médico—. Es mejor hacer salir el veneno para que cure antes.

—Oí que era lo que había que hacer.

—Desde luego. Pero voy a curar esa herida, no vaya a infectarse. Que haga reposo y, si tuviera fiebre, que vuelva aquí enseguida. ¿Qué hacía cuando le picó?

—Escardar un majuelo abandonado que volvemos a cultivar ahora. Se ve que hay algunos bichos de esos bajo los cantos.

—Pues vayan con cuidado: una picadura de escorpión no suele matar a un hombre, pero sí que produce un dolor muy intenso, y puede traer otras complicaciones.

—Le llevaré a su casa y le diré a su mujer que le vigile.  
¿Qué le debo?

—Nada. Lo importante ya lo hizo usted.

—Pues muchas gracias, don Leopoldo.

—Mucho cuidado; que seguro que habrá más escorpiones por allá.

—Desde luego; sólo de oír chillar a este hombre...  
ya vamos todos medio cagados.

Al terminar, el majuelo parecía limpio y saludable; pero ya iban con retraso para entresacar la remolacha. Había nacido muy bien, pero urgía retirar el exceso de plantas, dejando las más robustas separadas como un palmo entre una y otra. Era una faena laboriosa, y que convenía hacer con cuidado y rapidez.

Luego se dedicaron a construir la red principal de acequias y regaderas para poder empezar a regar en cuanto fuera necesario. Sólo entonces despidió Camilo a los dos jornaleros, con la promesa de volverles a contratar para la cosecha de verano, si seguían libres. De momento, se arreglaría con los dos criados y Rosalía; no quería que los pequeños perdieran ningún día de escuela.

En invierno, reforzaban las clases de la escuela con las lecciones de don Marcial, tres tardes a la semana. También acudía gustosa Rosalía, ansiosa de aprender. Había sido doña Petronila, la directora de la escuela de chicas, la que se lo recomendó al inscribirlas a la escuela el otoño anterior.

—Victoria tendrá problemas para adaptarse a las chicas de su edad; tampoco le gustará ir con las más pequeñas. Conviene, pues, que recupere el retraso que lleva lo antes posible con don Marcial, el telegrafista, que es muy bueno.

—Lo harán en cuanto nos instalemos en el pueblo; pero, mientras tanto, ¿podrán venir a la escuela de todos modos?

—Sí, claro; pero cuanto antes lleguen al nivel que les corresponde, será mejor, sobre todo para ellas.